

SEDENTE DE PEDRAFITA

Siglo I a. C.- siglo I d. C.

Granito

64 x 36 x 45 cm

Pedrafita, A Teixeira, Ourense

Donación de don José Manuel Bouzas Nóvoa

Nº Inv. 5.183

Esta magnífica escultura se encontró de manera casual al realizar unas obras en una sepultura propiedad de los herederos de Don Agapito Novoa, en el cementerio de San Martiño de Pedrafita durante la primavera de 1995. La pieza incrementa el número de esculturas de este tipo conocidas hasta la fecha (Xinzo, Lanhoso, Braga), todas ellas localizadas dentro del ámbito del Convento Bracarense en hábitats muy romanizados, pero también con un fuerte substrato indígena.

Representa una figura sentada en un trono, a la que le falta la cabeza, sosteniendo entre las manos un recipiente de libación. Viste una sencilla túnica sin ceñir que, sin dejar adivinar su anatomía, llega por debajo de las rodillas. Las pantorrillas son simétricas, bien modeladas y ligeras, contrastando con la sensación cúbica y de pesadez que transmite el resto de la labra. Los pies, de los que sólo se conserva el derecho, creemos que van calzados, ya que, a diferencia de las manos, no tienen los dedos señalados. Como únicos adornos de su indumentaria lleva un aro ancho en cada muñeca a modo de pulseras que contribuyen a romper la postura rígida de sus brazos, en los que faltan las *viriae* que si muestran algunos de sus paralelos.

La figura está sentada en un trono de gran exuberancia formal, decorado con motivos de dientes de lobo en los traveseros laterales y con un cuidado trisquel inscrito en un círculo en el respaldo, motivo recurrente en toda la plástica castreña, empleado aquí para acentuar el valor simbólico que comporta el trono, emblema en todas las culturas antiguas de la divinidad, de los hombres de alto linaje, o de los muertos divinizados, hasta el punto de reflejar por sí sólo el carácter divino o real, y así indicarnos de forma clara lo que se está representando.

Como todas las imágenes entronizadas, desde el punto de vista formal presenta un gran conservadurismo. Es simétrica, frontal, hierática y aparentemente basta, pero como opina Balil esto no es fruto de una incapacidad sino la respuesta intencionada para satisfacer los gustos tradicionales de una clientela indígena, que adopta un modelo y una idea mediterránea y la hace propia, vistiéndola con lo “suyo”, ropas, joyas y armas. Esta idea tomará forma, según Calo Lourido en época julio-claudia, o, según opinión de otros autores, pudiera ser ya conocida con anterioridad por los contactos comerciales con el sur peninsular o como consecuencia de las posibles influencias de la primera época de la conquista. Sea de una manera o de otra, las personas que las contemplaban las apreciaban y entendían independientemente de las rígidas normas foráneas. Por eso el interés del escultor en subrayar algunos elementos esenciales, que indican el alto estatus del personaje y que tienen una fuerte carga ideológica, fácilmente reconocible por el grupo social que demandaba la escultura.

Por otra parte, el hecho de que todas ellas aparecieran de una forma casual, sin cabeza y reaprovechadas, excepto las de Xinzo de las que don Jesús Ferro opina que se encontraban "in situ", va a suscitar variadas interpretaciones sobre su funcionalidad. Rodríguez Colmenero defiende que aquellas figuras portadoras de vasos son masculinas y las restantes femeninas, interpretándolas como *matres* o parejas divinas e incluso tríadas a la manera gala. Otros autores las ponen en relación con la veneración a la tierra-madre asociadas al culto a los muertos como Deméter. Recientemente Calo Lourido sustenta la idea de que sean representaciones masculinas con una funcionalidad funeraria ligadas al rito de incineración; llega a esta conclusión al tener la de Lanhoso un agujero en la base de su asiento, que él opina que serviría para contener las cenizas y, por analogía, hace extensible esta función a todas las demás, relacionándolas así con las damas sedentes del mundo ibérico, tipo Dama de Baza. Esta función funeraria tendría su fin cuando dio comienzo el ritual de inhumación al ser substituidas por las estelas, representaciones con un concepto mucho más individualizado sobre el sentido de la muerte.

Tengan una función u otra lo cierto es que los sedentes se nos muestran como la plasmación plástica de las inquietudes, anhelos o miedos del hombre

galaico-romano ante la muerte o la divinidad y, sin duda, representan una de las manifestaciones más interesantes de la escultura del noroeste peninsular.